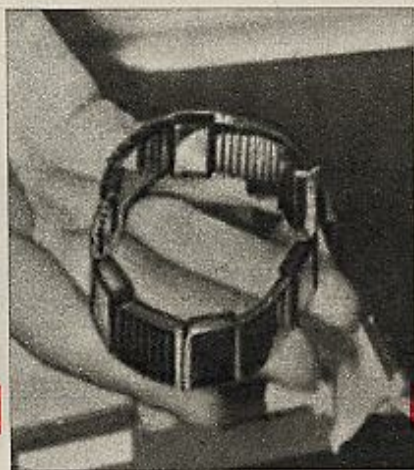


# DEL HONGO CHINO AL BRAZALETE MAGNETICO



**P**ARA vender bien un objeto es preciso creer en él por lo menos un poco. El farmacéutico tiene bata blanca, gafas y me habla entre balanzas, los vasos, las probetas y los morteros de su laboratorio, como está escrito en caracteres dorados sobre la puerta. Una persona sencilla, tranquila, cansada de su turno nocturno, que ya ahora toca a su fin. Y el objeto está allí: sobre la mesa de mármol, cerca de su estuche, de su prospecto coloreado, que explica las virtudes y el empleo del brazalete. Viéndolo, parece una de esas pulseras elásticas y metálicas que llevan muchos en el reloj en contra de las reglas de la elegancia. «Este es el tipo G para hombre. Vea: parece de oro», me explica el farmacéutico levantando el brazalete y tirando un poco de su elástico. «Los hay también plateados y luego se hacen otros modelos más elegantes. Cosas para señoras, con broches y colgantes.» ¿Y cuántos de estos brazaletes ha vendido en su farmacia? El doctor hace un gesto de desconsuelo con la mano. «Tres o cuatro.» ¿En cuántos días? «¿Días? En cuatro meses dirá.» Nuestro farmacéutico, que no se parece a los farmacéuticos del cine y de la TV, tiene evidentemente razón: para vender un objeto es necesario creer en él por lo menos algo, y él, evidentemente, no cree en el brazalete mágico japonés, panacea de toda enfermedad, remedio de todo achaque y, según asegura el prospecto, hasta protector de la belleza. Si creyese en ellos, ya tendría uno en la muñeca por lo menos para resistir a la larga fatiga de estos turnos nocturnos, puesto que nuestro brazalete también hace desaparecer el cansancio, da fuerza, vigor y energía. Todo está escrito en el prospecto coloreado.

Muchos, en cambio, creen en él y no está del todo claro si tienen razón los que confían o los incrédulos. «Compréndalo, el brazalete se funda en el magnetismo y nosotros sabemos todavía bastante poco del magnetismo», me explica otro farmacéutico, una persona más decidida y optimista que ha vendido varias decenas de brazaletes. «Los tipos que tienen más aceptación—sigue exponiendo sobre el mostrador varios estuches—son los plateados, tanto en el modelo para hombre como en el de mujer.» Y los que parecen de oro, ¿no gustan? También, naturalmente, pero menos. «Vea—me dice el buen farmacéutico—: no se trata de un producto popular. Cada brazalete cuesta diez mil liras. Diez mil liras es dinero; aún actualmente que la lira vale tan poco y ciertas personas, si se ponen en la muñeca un brazalete amarillo, quieren que sea de oro; con la plata, en cambio, son más tolerantes.» «Perdone—le ruego—, pero entonces ¿no podrían hacerlo verdaderamente de oro?» Inmediatamente me doy cuenta de haber dado un paso en falso; el farmacéutico me mira recelosamente, frunciendo el entrecejo. «Estos brazaletes—me explica—están hechos con una serie de hierrecitos, es decir, de pequeños bloques de magnetita unidos entre ellos por

los polos opuestos» así se obtiene un imán permanente, un imán que no se agota nunca. Con el oro o la plata o con otros metales no se podrían tener los mismos resultados.» En resumen: es una cuestión verdaderamente científica.

Lo que asombra en el asunto del brazalete y de todos estos productos magnéticos es que las grandes industrias farmacéuticas parecen estar inactivas, ignorantes del peligro que corren. En efecto, el poder terapéutico del «imantado» no parece tener límites. Aplicado en el occipital, cura todos los males que se ha dicho; colocado en el vientre (modelo cinturón o modelo chaleco, a elección), es un supremo y definitivo remedio contra la dispepsia, la gastritis y la colitis. Puesto en la espalda (otro modelo adecuado), cura la ciática, el dolor de riñones y el lumbago; en la muñeca, regula la circulación de la sangre, elimina el cansancio, el asma bronquial, disminuye la irritabilidad y proporciona un bienestar general. Colocado sobre la parte afectada, hace desaparecer los reumatismos y detiene el artrismo, deformante o no. Tiene, pues, como quiera que sea, el poder de devolver o aumentar la vitalidad y de anular todos los trastornos del climaterio.

Es fácil darse cuenta que semejante remedio hará desaparecer en seguida del mercado más de la mitad de los productos farmacéuticos, ya inútiles y superados. Es cierto que cuesta caro: diez mil liras, como decía el farmacéutico, son siempre diez mil liras; pero se trata de un remedio eterno e infalible; en diez años, ¿no gasta una familia más de diez mil liras en la farmacia?

Los brazaletes milagrosos que está descubriendo en estos días Italia vienen del Japón y no es improbable que este origen suyo sea también la base del rápido éxito que están obteniendo. Ya se sabe que el Japón está a la vanguardia de la técnica. ¿Quién no ha oído hablar de las máquinas fotográficas japonesas, de las cámaras cinematográficas japonesas, de los magnetófonos japoneses tan grandes como un paquete de cigarrillos? Y, además, ¿no es el Extremo Oriente, a pesar de la técnica y de todo lo demás, un país de misterio y de magia? El famoso hongo de la salud, que conquistó Italia hace algunos años, invadiendo con su presencia un poco asquerosa casi todas las casas, también era de aquella parte; por lo menos, así se decía. Que luego, el brazalete sea japonés únicamente por casualidad, no importa mucho; lo que importa es la etiqueta.

El que ha traído a Italia el brazalete de la salud ha sido uno de los personajes más emprendedores de nuestra vida pública y financiera: Giovanni Valente. Un médico, el año pasado, le dijo que los japoneses fabricaban estos pequeños objetos magnéticos y que la cosa había ya llegado a América. Le dio también la dirección del instituto que, en Tokio, hacía el brazalete y toda una serie de productos «magnéticos», como cinturones, fajas elásticas, chalecos y hasta una especie de forro para almohadas. Así llegaron a Italia los primeros brazaletes inmediatamente seguidos de la concesión de venta para nuestro país.

Los primeros contratiempos para Valente empezaron, sin embargo, con el nombre que había de dar, para la venta en Italia, a los brazaletes má-

## NUEVO JUEGO: UNA PULSERA QUE VALE

gicos. En los estuches y en los prospectos estaba escrito «Aimanté» y el nombre, con ese sonido, al mismo tiempo fácil y exótico, podría gustar; pero, evidentemente, no estaba bien ser representante de un producto sin saber el significado de su nombre. Giovanni Valente pensó dirigirse a algún japonés para que se lo tradujese. Fueron interpelados dos o tres súbditos del Mikado, pero ninguno supo darle explicación; es más, quedaron muy sorprendidos tanto de la palabra «Aimanté» como de la existencia del brazalete, que, según las informaciones llegadas de Tokio, habría debido de ser muy popular en aquel país. El señor Valente, acostumbrado a adversidades diversas, no perdió su ánimo, sin embargo. «Estos son japoneses, por ser algo», pensó, y decidió dirigirse más arriba; es decir, al embajador japonés. Del asunto, por legítima competencia, fue encargado el agregado cultural, hombre muy versado en la lengua y en la literatura de su país. Cortés, como todos los japoneses, el funcionario comenzó el análisis de la misteriosa palabra, pero también él tuvo que rendirse. «No he oído hablar jamás del brazalete mágico», confesó; pero agregó con una sonrisa de excusa, que él hacía muchos años que faltaba del Japón. «Nuestro país—dice—hace rapidísimos progresos en el campo científico y técnico. Cada vez que vuelvo a Tokio, encuentro novedades.» Y esta vez la novedad, la última y más sensacional novedad, no había siquiera esperado su regreso; le había alcanzado en Roma. En cuanto al nombre, no había nada que hacer. «Aimanté», a pesar de su sonido, bastante japonés, no tenía ningún significado en el idioma nipón.

Cuando ya el señor Valente había decidido que «Aimanté» quería decir «Salud» en un antiguo dialecto de la isla de Hokkaido, la más septentrional del archipiélago japonés y también la más salvaje y primitiva, una mecanógrafa que había asistido a los cursos nocturnos de la escuela Berlitz hizo observar que quizá «Aimanté» quería decir, sencillamente, «magnético». «¿Y en qué idioma?», preguntó alarmado el señor Valente. En francés, naturalmente. Diccionario en mano, se puso de manifiesto que «Aimanté» no era más que la transcripción fonética de «aimantet», precisamente el participio pasado del verbo «aimanter», imantar. La cosa terminó allí, ya que no estaba bien que un brazalete mágico japonés tuviese un nombre francés.

Es una historia antigua esta de los brazaletes y de los cinturones magnéticos, ya se sabe. Algún día, entre los menos jóvenes, recuerda ciertamente los cinturones Ajax, propagados con agradables e ingenuosos anuncios en los periódicos de la «Bella Época», y, quizá, en algunas casas, en el fondo de un cajón, existe aún la caja azul de los «circuitos oscilantes» del doctor Lakhovsky, que contiene una pulserita de perlas semejantes a aquellas que los misioneros y los comerciantes llevaban entre los salvajes hace un siglo, para obtener a cambio de ellas almas o marfil. El principio, sustan-





La farmacéutica Anna Mairano, con el brazalete. El «Aimanté» obtuvo en Milán menos éxito que en Roma, donde se vendieron más de cuatrocientos

## 10.000 LIRAS Y QUE VIGORIZA, EMBELLECE Y CURA TODAS LAS ENFERMEDADES

cialmente, es el mismo; es decir, el empleo de la electricidad estática o del magnetismo para influir de modo beneficioso sobre el organismo. Existe, a propósito de esto, una vasta literatura científica o pseudocientífica, y puede ocurrir que haya algo de cierto en ello. En Nápoles, por ejemplo, hay un profesor de la clínica del Trabajo, que está dispuesto a atestiguar sobre las virtudes, si no precisamente mágicas, por lo menos terapéuticas, del «Aimanté», y creo que tendrá buenas razones para ello.

Si en Milán, el descubrimiento japonés no ha tenido un gran éxito (parece ser que solamente se han vendido no más de cinco o seis ejemplares), en Roma el fenómeno del «Aimanté» ha alcanzado proporciones alarmantes, un poco debido a la dinámica presencia del señor Valente y otro poco a la iniciativa de un farmacéutico especialmente próximo, por una segunda profesión (y más conocida) al mundo del teatro y del cine, a impulsar el brazalete japonés hacia una suerte social suya. Modugno ya lo ha comprado y dice que le va muy bien; es más, le ha hecho al «Aimanté» tal propaganda que, actualmente, casi todos los componentes de su compañía, con Della Scala a la cabeza, llevan uno en la muñeca. También Renata Mauro se ha provisto del brazalete (modelo LS para señora, plateado) y habla muy bien de él. Pero la ciudad en la que influye más el señor Valente es Nápoles: «Allí —dice— magnético o no, se lo compran todo; hasta convencerles de que da buena suerte.»

No se habla en los prospectos oficiales de que sea un amuleto contra el mal de ojo; pero los rumores de que el brazalete anula los poderes de los malintencionados circulan ya con insistencia y hay quienes lanzan su teoría sobre este asunto: «No se trata de supersticiones —dicen convencidos—, sino de un hecho científico. En efecto: ¿qué es el mal de ojo? Una influencia negativa que un individuo ejerce sobre otros por medio de ondas eléctricas. ¿Y qué hace el brazalete? Detiene, paraliza y neutraliza estas ondas. Una explicación lógica y convincente, con toda la apariencia de una verdad científica.»

El producto magnético que, sin embargo, ha causado más curiosidad es la funda de almohada. El prospecto dice que se trata de un instrumento «creado para aplicar directamente los rayos magnéticos en la región occipital, la más importante del cuerpo humano». Los beneficios de esta funda son muchos. Cura el insomnio, el mal de cabeza crónico, la hipertensión y el agotamiento; además contribuye a convertir en más bello a quien la emplea. El prospecto no dice precisamente esto, pero poco menos. Dice que es eficaz para mejorar la belleza.

Parece ser que en alguna farmacia ya se ha presentado alguien para pedir colchones magnéticos. Los japoneses no los fabrican, pero el señor Valente parece ser que ya ha empezado a estudiar este colchón. Cada país tiene unas exigencias particulares respecto al magnetismo. En América,

por ejemplo, han inventado un altavoz de maniatura que, introducido en la almohada, permite aprender los idiomas durmiendo. Entre nosotros, el problema del conocimiento de los idiomas no nos interesa y, en cambio, tiene más importancia conservarse bellos y fuertes o, acaso, llegar a ser, siempre durmiendo (es decir, sin ningún trabajo), aún más bellos y todavía más fuertes.

Hasta hoy se han vendido en Italia quinientos o seiscientos brazaletes. No son muchos, pero la cosa no ha de sorprender. Todas las verdaderas y grandes novedades cuesta trabajo que se afirmen. El señor Valente tiene confianza, y el apoyo moral de cuantos lo han comprado y dicen que están muy satisfechos con él. Parece ser también que ya se haya logrado alguna curación milagrosa, de aquellas que únicamente ocurren en Lourdes y ante las cuales la ciencia médica oficial se declara incapaz de dar una explicación lógica. Parece, por ejemplo, que en Bari un parálitico de nacimiento había adquirido, de repente, la facultad de andar con naturalidad después de dos meses de aplicaciones magnéticas con un cinturón «Aimanté»; pero el señor Valente se muestra muy reservado acerca de esto. «Esperemos, ya veremos», dice. Necesita inspecciones médicas, necesita tener pruebas irrefutables del milagro; después hará el informe. En este aspecto, la prudencia nunca está de más.

Es en otro aspecto donde el señor Valente pone muchas esperanzas. Fiel a la prudencia, que guía todos sus actos, el importador del «Aimanté», ciertamente, no se deja arrastrar a declaraciones públicas; pero a los íntimos no oculta el secreto que, desde hace algunos meses, va madurando en su ánimo. Antiguo apasionado por el atletismo pesado, el señor Valente va haciendo experiencias entre los atletas, y parece que está muy satisfecho de los resultados alcanzados. Si, en efecto, son tan portentosas las cualidades de los brazaletes, de los chalecos y de los cinturones, ¿por qué su eficacia no podría tener gran influencia también en la preparación de los atletas? Hay alguno, entre los más confiados usuarios del «Aimanté», que asegura que en Japón se emplean muchísimo los cinturones magnéticos por los luchadores de judo, con éxito portentoso. El japonés Kioke, que en Milán está considerado entre los más importantes maestros de la lucha japonesa enraizados en Italia, no sabe nada de esto; cierto que también él ha oído hablar de los brazaletes mágicos, pero no aplicados a los atletas. «Creo que valdrá para curar el reuma —dice, y luego agrega—: Y, frecuentemente, los luchadores no padecen de reuma.» En resumen, también él es un escéptico; pero quizá depende del hecho de que falta de Tokio desde hace algunos años y en Japón las novedades surgen como los hongos después de la lluvia, y, por otra parte, ¿no nos ha enseñado la experiencia que no se debe dudar por principio ni por prejuicios de las cosas nuevas?

ROBERTO LEYDI